

no consienten ellas que se altere el orden de las cosas. A través de las modas siguen siendo las mismas, y con sus brazos blancos, con sus brazos marmóreos, atan á nuestro cuello la cadena de lo tradicional. No haya miedo de que se rompa. Con su educación casi intuitiva, con su ilustración del siglo XVI, con su espíritu firme, positivo y minucioso como el de un relojero ginebrino, la mujer nos asegura por muchos años la capitalidad. ¡Bien lo sabe ella y bien se ríe de nuestros pobres vuelos!

Pero hay una cosa incomprendible, y aquí entra la reserva de que hablaba. La mujer claudica por el vestido. ¿Cómo os explicáis que para agradar no quiera ser manchega? ¿Será porque este es el único portillo que tiene abierto á la vida universal? Lo indudable es que claudica y lo más triste es que fracasa. ¡Pobrecitas muchachas madrileñas que paseáis por las calles vuestros anhelos de distinción y de elegancia, con riquezas ó sin ellas, con atavíos costosos ó con prendas cosidas por vuestros propios dedos apurando la luz del día! ¿Para qué os esforzáis en variar vuestra naturaleza? ¿Por qué no vestís como pensáis, á la manchega, perpetuando el refajo y el corpiño como perpetuáis los pensamientos y las creencias?

Hay quien se ríe de *la cursi*. ¡Majadero! Yo no veo en ella más que una lamentable y dolorosa equivocación. Y además un ejemplo del poder de la levadura manchega, superior á la voluntad y aun al capricho de la mujer.

\*  
\*\*

El madrileño es peripatético. Sabido es que en todas las ciudades del mundo se camina y que aquí se pasea. Y es porque de las cosas que hacen grata y amable la vida sólo habrá una ó dos que dejen de ofrecérsenos en medio de la calle. Usted, paseante, es un espectáculo para mí, como yo lo soy para usted. Luego, la vida en medio del

arroyo tiene un abolengo de Argamasilla y del Toboso que encanta y satisface nuestros ocios tradicionales. Nada de recogimiento, de intimidad, de reclusión: ¡a la calle, á la calle!

Si no ocurre un mal robo ó una puñaladilla, la gente se arremolina alrededor de un ciego. ¿Le oímos? ¡No faltaba más! Oigámosle. Canta las hazañas de un guapo, cuenta historias patibularias, llora desgracias de familia, ¡madrecita mía! socarronea alrededor de los idilios entre criadas y soldados, dice gracias y requiebros y algunas veces invade la política. Si alguien le encuentra burdo, chavacano, grosero, sin meollo, ni sal; si se os ocurre llorar el andrajoso destino de la musa del pueblo, no lo hagáis delante de mí. ¡Dejad que encuentre en ellas ingenuidad, frescura y aun ingenio! ¿Dónde queréis que vaya á buscar esos tesoros? ¿A los teatros del género chico, que están poblados de ciegos sin guitarra?

Si hay toros... ¡ah! si hay toros no nos quedamos en la calle. Renuncio á describir la triunfante, la vigorosa, la saludable alegría de esta fiesta manchega por autonomasia. Una contrabarrera, una bota de tinto valdepeñero, un bastón recio para darles en el testuz, en el lomo y en los hijares á los toros que saltan al callejón... Y cuando dobla el sexto invadir el ruedo y humedecer la suela de las botinas de charol en la sangre del valeroso bruto para recordar la época no muy lejana en que reforzábamos con sangre el cáñamo de las alpargatas.

\*  
\*\*

Y ahora: Madrid, capital de la Mancha, rinconcito del cielo, archivo de la simpatía, por los manes de Daoiz y Velarde y el tío Malasaña, por los gloriosos manes de la Milicia nacional, te juro que no quiero morir bajo otro cielo, y que todas mis fuerzas me parecen pocas para emplearlas en defensa tuya.

Luis Bello.

## La sombra de las manos...

¡Oh enfermas manos ducales,  
olorosas manos blancas!...  
¡Qué pena me da miraros  
inmóviles y enlazadas  
entre los mustios jazmines  
que cubren la negra caja!

.....  
Mano de marfil antiguo,  
mano de ensueño y nostalgia,  
hecha con rayos de luna  
y palideces de nácar...  
¡vuelve á suspirar amores  
en las teclas olvidadas!...

¡Oh piadosa mano mística!...  
Fuiste bálsamo en la llaga  
de los leprosos; peinaste  
las guedejas desgredadas  
de los pálidos poetas;  
acariciaste la barba  
florida de los apóstoles  
y los viejos patriarcas;  
y en las fiestas de la carne,  
como una azucena pálida,  
quedaste en brazos de un beso  
de placer extenuada...

.....  
¡Oh manos arrepentidas!...  
¡Oh manos atormentadas!  
En vosotras han ardidó  
los carbones de la Gracia...  
En vuestros dedos de nieve  
soñó amores la esmeralda,  
los diamantes sonrieron,  
el topacio vertió lágrimas  
y entreabieron los rubíes  
sus pupilas escarlata.

Junto al tálamo florido,  
en la noche epitalámica,  
temblorosas desatatis  
de una virgen las sandalias.

Encendisteis en el templo  
los incensarios de plata,  
y al pie del altar inmóviles  
os elevasteis cruzadas,  
como un manojo de lirios  
que rezase una plegaria.

¡Oh mano exangüe, dormida  
entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda,  
esperando tu llegada,  
envejecen en las sombras  
de la alcoba solitaria...

En la argéntea rueca, donde  
áureos ensueños hilabas,  
hoy melancólicas tejen  
su tristeza las arañas.

Te espera, abierta, la clave,  
y sus teclas empolvadas  
aún de tus pálidos dedos  
las blancas señales guardan...

En el jardín, las palomas  
están tristes y calladas  
con la cabeza escondida  
bajo el candor de las alas.

Sobre la tumba, el poeta  
inclina la frente pálida,  
y sus pupilas vidriosas  
en el fondo de la caja  
aún abiertas permanecen  
esperando tu llegada.

.....  
Blancas sombras, blancas sombras  
de aquellas manos tan blancas  
que, en las sendas florecidas  
de mi juventud lozana,  
deshojaron la impoluta  
margarita de mi alma...  
¿por qué en la noche oprimís  
como un dogal mi garganta?

.....  
Blancas manos... azucenas  
por mis manos deshojadas...  
¿por qué vuestras finas uñas  
en mi corazón se clavan?

.....  
¡Oh enfermas manos ducales,  
olorosas manos blancas!...  
¡Qué pena me da miraros  
inmóviles y enlazadas  
entre los mustios jazmines  
que cubren la negra caja!

Francisco Villaespesa.

# EL DANDYSMO INTELLECTUAL

La creación del dandysmo intelectual, muy propia de esta época de decadencia filosófica y literaria, es uno de los acontecimientos más admirables que nos ha legado el siglo XIX, en unión de los tranvías eléctricos y del teatro por horas.

No asociemos á esta maravilla el nombre del maravilloso Brummel, ni el de los «exquisitos» y «raros» que pasearan sus adorables figurines por la literatura universal. Nuestro dandysmo es obra de los hombres superiores que han sabido cubrir pudorosamente á la verdad con un velo compuesto de retazos de diferentes colores, como la capa del estudiante.

Perseguir la última idea, *llevarla* con elegancia hasta que empieza á vulgarizarse, y tirarla después como se tira la colilla del que fué cigarro, es la distinción suprema de que se han servido los dandys intelectuales para ganarse la admiración de los burgueses y el aplauso de los neófitos.

Un amigo mío, gran aficionado á la paradoja, tuvo recientemente el valor de asignar á las ideas la misma duración que á los trajes; lo que permitiría á cualquier humorista hacer una clasificación ideológica no menos útil á los filósofos que á los sastres. Ideas de verano, de entretiem po, de invierno; ideas á medida, ideas hechas... Ideas de lanilla dulce, de astrakán; con doble forro. Pensando en este catálogo ideal, he creído descubrir el origen de la tantas veces profanada frase: «Las últimas capas sociales.»

Algunos espíritus inquietos, cuya inquietud los hace dignos de toda recomendación, preconizan un donjuanismo ideológico más práctico y sabroso en la vida material que en la vida contemplativa. Para ellos el secreto de la felicidad, ó por lo menos la aproximación del secreto, está en vivir todas las ideas, apoderarse de sus intimidades, sorprender sus encantos y gozar sus caricias en dulce y agradable mariposeo.

Adoro á esos filósofos mercantes, que pueden atraer en todos los puertos, pero, francamente, no creó que ninguno de ellos haya podido observar escrupulosamente su programa.

¡Vivir todas las ideas! ¡Ahí es nada! La Humanidad entera, desde el primer mono hasta el último de nuestros autores cómicos contemporáneos, no puede decir que vivió todas las ideas con que entretuvo las horas de fastidio y de alegría, de ilusión y de desencanto. ¡Y se pretende que un hombre sólo haga lo que no hicieron sus áepasados todos juntos, ni hacen sus coevos, ni harán sus descendientes!

Si se nos dijera: «hay que vivir todas las ideas que estén al alcance de nuestra mano», la recomendación sería más atendible, pero el deseo tampoco podría realizarse.

Yo he tenido el honor de visitar á varias ideas, con la curiosidad que suele ser el principio de un afecto apasionado y con el temor propio de todo joven inexperto. No necesito consignar que unas me parecieron adorables, y otras merecedoras del olvido. Pero siempre me abstuve de formular un juicio definitivo por la impresión producida, teniendo en cuenta que las ideas, como las mujeres, no se entregan al primero que las visita, por grandes que sean sus ardores, y que hasta las más degradadas gustan de un amable galanteo, exquisita salsa para la carne.

Recordando esta observación, que por ser mía páreceme de primer orden, me sonrió compasivamente cuando escucho el consabido consejo. ¿Qué significado oculto darán al verbo vivir estos dandys intelectuales? ¿Cómo se atreverán á decirnos que han vivido todas las ideas? No; las ideas se recogen dentro de sí mismas, cuando observan la presencia del que

viene á clasificarlas y á ordenarlas, agrupándolas en familias como si pertenecieran á los dominios de la zoología. Ellos se marchan satisfechos creyendo haberlas exprimido todo el jugo, y ellas, entonces, abren sus amorosos brazos para estrechar á los que saben amarlas y comprenderlas. Huyen de los espíritus secos y fríos, y se entregan por completo, sin reservas ni ocultaciones, á sus apasionados; para ellos sus caricias y sus encantos y sus secretos todos, para ellos el cuerpo y el alma. ¿No he dicho que son como las mujeres? Para ser amado por ellas es preciso amarlas también hasta llegar al sacrificio, aunque esto resulte vulgar á los ojos de nuestros dandys. Quien sepa cantarlas ó defenderlas, perdonando sus defectos, será el elegido de su corazón, y las hará triunfar en definitiva. ¡No olvidéis esto, propagandistas de la poligamia ideológica! ¡No olvidéis tampoco que en todos los harenes jamás falta una favorita!

Si se me pidiera un argumento para combatir ese dandysmo intelectual, yo ni vacilaría en ofrecer el siguiente axioma que sirve para la física y para la psicología: lo que se gana en extensión se pierde en intensidad. Creo, por tanto, que el odio se desvanece cuanto más se extiende y que el verdadero amor tiene que ser intenso. Ya sé que esto ha perdido todo su valor... en los artículos y en los libros. Mientras los pueblos y sus dignos representantes siguen alimentando sus pasiones y matándose tranquilamente por defender el condumio nacional, los escritores nos deshacemos en elogios al amor universal, á la caridad cristiana, á la paz entre todos los hombres y demás tópicos de la retórica democrática. Pues bien; séame permitido, por una sola vez, manifestar mis sentimientos. Empieza á molestarme ese continuo sermón de la montaña, y creo que la Humanidad ha perdido lastimosamente su tiempo durante diez y nueve siglos, en que ha corrido el río de la vida por un cauce de tristeza y desaliento. Suspiro por aquellos hermosos días del Paganismo, que resultan más grandes cuanto más el tiempo los aleja de nosotros, en los cuales vivieron la Belleza, la Alegría, la Gracia y el Amor sobre la tierra; y cuando considero las obras producidas por el progreso humano en la edad presente, me maravillo al pensar en lo que serían si aquella luz radiante no se hubiese apagado para siempre...

Por grande que sea la elocuencia de nuestras plumas, me parece que á nadie convenceremos de la bondad de los principios que hoy gozan tan injusto prestigio. Por lo menos, la gente acostumbra á no presentar la mejilla izquierda, sino á buscar la de su contrincante cuando éste le abofetea la derecha. Tampoco se tiene noticia de que perdonemos las deudas, ni de que nos las perdonen á nosotros, como aconseja la oración, y sólo comprendemos bien el sublime egoísmo que encierra el precepto del Decálogo: «Ama al prójimo... ¡como á ti mismo!» Esto quiere decir, que se vive á bastante distancia de lo que se aparenta, y aunque esto no sea un descubrimiento, no creo inoportuno el dejarlo consignado. Y quiere decir también, que se empieza á sentir la necesidad de una vida intensa, en la cual tengan las pasiones la fuerza y el vigor que necesitan. Hay que insistir en esto. Por grande que sea una pasión, al extenderse queda empequeñecida. Un terrón de azúcar, aunque sea de calidad inmejorable, es incapaz de endulzar el Océano. Limitémonos, pues, á endulzar el agua de nuestra copa. Amar todas las cosas vale tanto como no amar ninguna. La homeopatía goza de escaso crédito entre los hombres de ciencia.

Me atrevo á recomendar estas reflexiones inofensivas, á los defensores del dandysmo intelectual. ¡No pretendáis vivir todas las ideas, si queréis verdaderamente gozar de los supremos bienes de la inteligencia! Sólo se vive donde se habita. El cuarto, grande ó pequeño, elegante ó pobre,

donde aguardamos la fortuna y distraemos su tardanza, tiene todo el calor de nuestro ser. Allí está nuestra vida: en los libros que devoramos con fiebre, en la mesa donde trabajamos, en el sillón donde reclinamos la cabeza fatigada, en el lecho que nos ofreció el apetecido descanso, en el ambiente donde flotaron nuestros sueños y nacieron las visiones que llenan las horas monótonas del tedio... ¡Cuán distintos, en cambio, los cuartos de las fondas donde tenemos que alojarnos en nuestros viajes! Su decorado correcto crispa los nervios, y el frío de sus paredes hiela el alma. Nada hay allí que nos recuerde, sino la cuenta que suele ser excesiva. ¡Vivamos, mejor dicho, habitemos una sola idea y no vayamos de una en otra, de fonda en fonda, como los pobres activos á la fuerza que se llaman viajantes de comercio!

No pretendo por eso, negar á todas las ideas el derecho á la vida. Aun tengo cierta cantidad de evangelismo que me permite la tolerancia con las opiniones y con los hombres, recomendada por la buena educación; ¡ese col-cream que suaviza los naturales instintos!... Y aunque siento á veces la nostalgia de un Herodes que haga con algunas ideas inocentes lo que hizo con los niños aquel precursor de Weyler, no tengo inconveniente en que todas las ideas vivan... si pueden, convencido de que muchas se ahogan en su propia sangre, otras se consumen como las planias faltas de sol, y no pocas alcanzan la triste longevidad de las solteronas que no pudieron hallar un héroe que cargara con ellas. ¡Vivan, pues, todas las ideas, pero no las vivamos nosotros!

A fin de no atraerme el enojo de los dandys intelectuales, quiero hacerles la justicia que se merecen. Su mariposeo por el vergel de las ideas, que les da un parecido riguroso con los catadores de vinos, es la demostración del ansia de Verdad que sacude sus espíritus. Ellos la buscan afanosamente, siguiendo todas las huellas de su luminoso paso, bebiendo en todos los manantiales para templar su sed. Yo estoy seguro de que, cuando la encuentren, harán un alto en su carrera y pondrán el *non plus ultra* á su locura. Pero ¿la encontrarán?... ¡Ay!... No ha pasado Pilatos á la Historia por haberse lavado las manos—medida de higiene administrativa que recomiendo á nuestros procuradores de provincia,—sino por haber dicho con cierto desdén: «¿dónde está la Verdad?»

Aún esperan la contestación de esa pregunta los inquietos y los impacientes. Los que, como yo, se han acogido al pabellón de la Santa Conformidad, tienen resuelto su problema, despreciando el título de vulgares con que el dandismo intelectual les favorece. Creemos que no basta la vida de un hombre para vivir por completo una sola idea, y nos asusta el pensar que fuera preciso vivirlas todas. Los gatos tienen siete vidas, como es sabido, y apenas pueden perfeccionar durante las siete el cultivo de su perezosa. «Varrón contaba ya en su tiempo—dice Campoamor,—hasta 288 maneras, escogitadas por los filósofos para ser dichosos.» Suponiendo que desde Varrón hasta nuestros días haya otras 288 maneras nuevas, teniendo en cuenta que los filósofos han venido muy á menos, nos encontraremos con 576 fórmulas para la felicidad... ¡Hay donde escoger!

¡Afortunado de aquel que sabe hacerlo! ¡Dichoso quien halla la horma de su zapato, es decir, la idea que se ajusta á su espíritu! Y más dichoso aún quien sabe conformarse.

Después de todo, ¿existen las ideas ó somos nosotros sus creadores?... En la misma panoplia duermen las armas con que se ataca y se defiende; todo está en saber esgrimir las. De la propia cantera sale el mármol para la Venus y para la escalera... ¿Pero se sabe si vale menos la escalera que la estatua?

Antonio Palomero.



## JÓVENES Y VIEJOS

# Los candidatos de la Academia.

Para el día 14—escribo en la noche del 10—ha convocado á elecciones la Academia Española, y las vacantes de Campoamor, Valmar y Balaguer serán dadas á Ortega Munilla, Menéndez Pidal y conde de Reparaz, si es que á última hora no vuelcan el puchero los inmortales.

Esta elección, como las anteriores, se hace de botijuela. Los académicos, caciques de nuestra literatura, tienen el mismo sistema odioso de mangonear que cualquier politiquillo de mala muerte. Dan sus votos al que les trae más cuenta, sea por amistad, sea por compromiso, sea por provecho. Alguno habrá que vote de buena fe; pero yo, hablando con el corazón en la mano, creo que la mayoría vota por conveniencia.

Los académicos ricos, que no necesitan de nadie, generalmente no se ocupan de estas cosas, y dejan que sus compañeros necesitados hagan de muñidores y se agencien de paso algún provecho. De ahí resulta que triunfan siempre los que pueden hacer más favores.

Y no lo digo por Ortega Munilla, porque, aun siendo verdad que puede favorecer con largueza, disponiendo, como dispone, de *El Imparcial*, también es indiscutible que tiene á su favor una hermosa campaña periodística de treinta años y, por lo menos, dos novelas—

*La viva y la muerta* y *La cigarra*— escritas con juveniles arranques de sinceridad.

Pero sí lo digo por los otros dos señores candidatos. Los literatos independientes, los que no lavamos caras ni aguantamos idolillos risibles en redacciones, en Ateneos, en círculos, en saloncillos de teatros, en parte alguna; los que, contra viento y marea, tenemos por estandarte una rebeldía honrada y somos literatos *de verdad*, porque vivimos por la literatura y de la literatura... esos no sabemos del Sr. Menéndez Pidal sino que ha escrito un estudio bibliográfico sobre el *Poema del Cid* y varias cosas por el estilo; todas documentadas, todas llenas de citas, todas con la aborrecible pátina de una erudición inútil por completo.

Tal vez el Sr. Menéndez Pidal haya hecho obra *suya*, de su propio vivir, labrada en sus amores, con sus odios, con sus entusiasmos, con sus esperanzas... Pero ¿dónde está? ¿Por qué la ocultó entre los manuscritos roñosos? ¿Es que basta, para ser académico, con revolver—doy de barato que con saber—muchos librotos? ¿Es arte, verdadero arte, la erudición? ¿Qué consuelos aporta? ¿Alegra la vida? ¿Hace sentir? ¿Hace pensar? ¡Pues entonces!

Un académico me ha contestado á estas preguntas diciendo que la

Academia Española fué instituída «para el cultivo de la lengua castellana»; y el buen señor quería hacerme tragar que «el cultivo de la lengua castellana» consiste única y exclusivamente en el estudio de los clásicos.

Consecuencia: que los académicos, pensando en ochentón, lo reducen todo á volver la vista atrás. Para ellos será ésta razón poderosa. Pero la Academia no es un mayorazgo que se disfrute en gracia de haber nacido antes. Tiene otra misión más honrada y más justa: «*la de recompensar y ayudar á las personas que, fuera de su instituto, se dediquen á asuntos literarios.*»

¿Cómo cumple esta misión la Academia? ¿En qué gasta los muchos miles con que el Estado la subvenciona? ¿A qué literatos ha ayudado jamás? ¿Qué obras de escritores necesitados ha impreso? ¿Qué certámenes literarios—no bibliográficos—ha convocado nunca? ¿Qué premios ha ofrecido á novelistas, cuentistas, autores dramáticos y poetas? ¿O creen los académicos que la novela, el cuento, el teatro, la poesía no son literatura? ¿O piensan que la literatura se reduce á darse un atracón de leer y á llenar de citas volúmenes enormes?

Siendo así para nada sirve la Academia. Se debe disolver. Porque ¿cómo hemos de volver la vista atrás los que tenemos mucha vida por delante? ¿Cómo ha de interesarnos el pasado, que es la muerte, cuando estamos locos de amor por el porvenir, que es la vida?

A gentes del campo y de la ciudad les oigo contar á diario sus afanes de redención.

En las tertulias madrileñas y en las peanas de los cortijos he escuchado los hablados poemas de *un mañana* de amor y de honradez, y abrazado á una divina aventurera esperé muchas noches la luz del día, con la sabrosa esperanza de un creyente.

¿Volver la vista atrás? Nunca. El

pasado es odioso, como todo lo que no existe.

\*  
\*\*

El otro candidato, conde de Reparaz, publicó hace años un tomo de poesías, ni mejores ni peores que las que hace hoy cualquier principiante. Luego se dió á la erudición, y, según me han dicho, también tiene su correspondiente estudio bibliográfico, que es, por lo visto, el *firmán* para entrar derecho en la Academia.

Verdad es que el conde de Reparaz es político y, al decir de las gentes, ha sido impuesto por sus correligionarios. Y este es otro aspecto interesantísimo de la cuestión.

¿Por qué regla de tres son académicos de la lengua hombres políticos, geómetras, botánicos é ingenieros, á quienes nadie conoce como literatos?

¿Quién no sabe que Moret y Villaverde son políticos de gran talla; Colmeiro, famoso botánico; Cortazar, algebrista insigne; Catalina, editor de nombreada; Linier, exgobernador distinguido?

¿Y quién, en cambio—fuera de Gedeón, que sacó á relucir *La filocalia*,—quién sabe ni siquiera el título de una obra literaria de estos académicos?

¿Por qué, pues, son académicos estos señores? ¿Deben ir los oradores y los estadistas á la Academia? Entonces el Parlamento está demás. ¿Deben ser académicos los matemáticos, los médicos, los fitólogos? Entonces, que se cierren las Universidades. ¿Qué cara pondrían los académicos de Medicina si Valera presentara su candidatura para dicha corporación?

Hay quien disculpa estos disparates con la salida de que la literatura es una profesión libre. ¡Libres son todas las profesiones en cuanto á uno le dé gana de aprenderlas! ¿Quién va á estorbar que Fulano aprenda medicina por que se le antoje?

Se dirá que para las definiciones científicas del diccionario, hacen falta hombres científicos. Pues que los nombren *correspondientes*, que es lo derecho.

Cuando Pasteur presentó su candidatura para la Academia francesa, fué á pedir el voto á Víctor Hugo. El ilustre poeta le contestó:

—Yo votaré á usted para la Academia de *Literatura*, si usted me vota para la de *Medicina*.

Y el insigne cirujano, repuso:

—Tiene usted razón. No había caído en la cuenta.

\* \* \*

No quiero acabar el artículo sin hacer antes una protesta contra ese *cunierismo* académico, irritante y odioso, que abre las puertas á los que bullen buscándose recomendaciones, y tiene fuera de aquel lugar á los que debían estar en él por derecho propio.—Esto se debe acabar.—Ya está Ortega Munilla dentro, y *El Imparcial* puede hacer centinela y echar el *¿quién vive?* á los que quieren colarse de momio.

Y ahora para que se tenga en cuenta voy á dar tres candidaturas.

Picón es académico á título de novelista. Y Armando Palacio, el primer humorista que tenemos hoy,

que ha publicado novelas admirables, que vende miles de ejemplares en Inglaterra, que vale mucho, muchísimo más que Picón, Armando Palacio no es académico.

*Fernanflor* fué á la Academia en calidad de cronista, de periodista brillantísimo. Y Burell, el mejor estilista que tenemos; la más gallarda figura de la Prensa española moderna; que hizo del *Heraldo* viejo, pobre papel de anuncios, un periódico popular y envidiable; que ha tumbado ministerios con uno solo de sus párrafos peregrinos; que ha levantado sobre el pavés con sus hermosas campañas de mágica prosa, á gentes hundidas en el polvo; que entre los maestros es el joven admirado, y entre los jóvenes el maestro admirable, que vale más, infinitamente más, que *Fernanflor*, Burell no es académico.

Echegaray fué á la Academia como fundador de un teatro. Y Jacinto Benavente que ha hecho un teatro moderno, típico, clásico; que en sus diálogos, amenos y punzantes, tiene el sentimiento bagatela de nuestras mujeres de figurín, y lo femenino de nuestros hombres tontos; Jacinto Benavente que vale más que Echegaray, no es académico.

Gristóbal de Castro.

El exceso de original y la necesidad de ajustar elegantemente nuestra Revista, nos obliga á no publicar hasta el segundo número, entre otros trabajos, los siguientes: *Beatriz* (novela), por Ramón del Valle-Inclán; *Galdós dramaturgo*, por Francisco Grandmontagne; *Cuatro palabras sobre la ópera española*, por Pedro Corominas; *La cuestión obrera*, por T. Orbe; *Ideas actuales*, por Llanas Aquilaniedo; *Por si acaso* (cuento), por Silverio Lanza; *Sierra Nevada* (poesía), por J. Sánchez Rodríguez; estudio sobre Jéan Moréas, por A. Machado, y *Costumbres andaluzas* (Literatura regional), por Julio Pellicer.





## ANTROPOLOGÍA

---

### El criminal, según Nietzsche.

Nietzsche considera al criminal como prototipo acabado de todos los seres de existencias impenetrables que han vivido largo tiempo separados de la sociedad y en lucha con ésta.

En tal sentido concede al delincuente la más noble parentela, por haber sido semejantes suyos los tipos que hoy honramos: «el científico, el artista, el genio, el espíritu libre, el cómico, el negociante, el gran explorador», todos los cuales «llevaron en la frente durante cierto tiempo un estigma fatal, al sentir ellos mismos el inmenso golfo que les separaba de todo lo tradicional y venerado».


El tipo del criminal—según él—es el tipo del hombre fuerte.

Nietzsche recuerda el testimonio de Dostoyeski, que halló entre los forzados siberianos hombres que le parecieron «tallados en la mejor madera que pudo criar la tierra rusa».

Pero como estos hombres fuertes necesitarían vivir en «una naturaleza y forma de existencia más libres y peligrosas, en que subsistieran de derecho todo lo que en el fondo de sus instintos constituye su arma y su defensa», colocados en la sociedad dócil y mediocre de los hombres vulgares, enferman y degeneran fácilmente. Palidecen y se sienten víctimas de la fatalidad. Nietzsche apunta esos dos rasgos como estigmas de la degeneración fisiológica y psíquica que acompaña á todo hombre tan pronto como falta á su propia ley y transige con la ajena. Esta es su enfermedad, su discordia; la disolución de su identidad personal, que le pone fuera de su derecho.

Si se quiere una figura para la descripción del filósofo, póngase la de Carlos Moor—el héroe de Schiller,—«aquella alma fuerte y esforzada... dotada—según la explica su creador—de una superabundancia de fuerza superior á las leyes». Es curioso ver cómo coincide el pasaje del *Crepúsculo de los dioses*, donde Nietzsche habla del criminal y sus análogos en los términos que decimos, con el prólogo á *Los bandidos*, de Schiller.

Ambos nos muestran sólo el tipo heroico, la creación más poderosa y elevada que consigue formar la delincuencia. Pero este tipo raras veces le es dado producirle. Abortado y frustrado casi siempre, aquel tipo, como todos, es más bien un deseo que no logra realizar en sus ensayos. La multitud de los delincuentes está muy lejos de recordarle ó parecersele. Esta multitud es la burguesía del mundo criminal, vulgar y mezquina, como la otra.



## LA SEMANA

¡Al fin!... He callado tanto y tanto tiempo, que al volver á mí la nota de la semana, *aquella* pobre nota, tan libre, tan íntima y amada por mi espíritu, me hincha el corazón un supremo suspiro de liberto.

Convengo en lo inútil de esta confianza. Entre el escritor y los lectores, al menos en España, no hay sino una relación pasajera y sin intimidad.

Pero es que yo no *escribo* solamente mi nota, lectores; yo hago un poco más: yo la *quiero*. Y ved aquí la disparidad entre el que lee y el que escribe: para vosotros esta nota no es más que una información á plazo fijo; para mí, esta sección que resucita, que renace y florece entre mis manos, es un inmenso jirón de mi historia que vuelve á la vida, llenándome el alma con su luz de fiesta; nueva y alegre.

Pensando para luego, y aparte el prólogo, preciso es que nos entendamos. Yo no creo que la nota semanal debe ser todo lo que pase en una semana, ni aun siquiera lo que el público masa y la Prensa grande estimen como cosa excepcional, como obligado asunto.

Mi nota, más que un asunto, será un ambiente, un detalle, no sé cuál, ni procuro saberlo, ni lo rebuscaré nunca; pero un detalle de alma, de pasión ó de dolor, que arrancará al trajín de la vida. Momento que cante ó que lllore, que llegue á mí envuelto en sol ó empapado en lágrimas, y ó que lllore, sin dar una norma de conducta, que yo no pretendo, dé una sensación, ó dé un cariño, ó inspire una misericordia.

Y esto es todo; la existencia entera, parcelaria, de momento, contradictoria, confusa, sin más preferencia que la impuesta por la sinceridad.

Cualquier detalle, la luz, el paisaje, el cielo, puede ser una semana mi protagonista.

La obra que se hunde, el éxito que redime, el fracaso que odia, el vendedor que ríe siempre... Carne de vida, carne de esta enorme vida, amarillenta de anemia ó arrebolada de pasión; el harapo y la seda, el arroyo, la buhardilla, el hogar, el nido, ¡lo que sea!

Pero ¡si ello sale! No hay nada, ni puede haberlo tan rico como la existencia libre, brava y sin leyes, observada por un espíritu sin orgullo.

La siento yo; sus múltiples dolores y venturas parecen llegar á mí en el aire, con secreta y elocuente armonía. La morena estatua de carne que galopa en la corriente; la blanca estatua de carne que se arrebuja y tiembla en el hotel, ¿qué hay inútil? ¿En qué espíritu no hay una primavera? ¿En qué corazón no hay una historia que sangra?...

La nota será eso; la vida externa, el momento que pasa, el paisaje que apasiona, la alegría que conmueve, la pena que arrasa de lágrimas los ojos.

Un nido nuevo que se plante en árbol de primavera.

Un féretro negro que discurra por la calle fría, envuelto en el olvido.

Una boda gloriosa que inunde la acera con su carcajada de mantones azules.

¿Qué sé yo?

*Adolfo Luna.*

# EL JESUÍTA Y JESÚS

La Cuaresma es el rey de los tiempos que forman el año religioso, y el jesuíta es el rey de la Cuaresma.

En esta época él lo domina todo, así desde el confesonario como desde el púlpito; en los *ejercicios* espirituales para señoras solas, y en las *misiones*, á veces sólo *para hombres*, como aquella *biblioteca del Demoniote*.

Se querrá ó no; es imposible en estos días hablar de religión y no ocuparse del jesuíta. El jesuíta quiere ser el rey de la religión; nuevo Luis XIV del catolicismo; la Iglesia es él, la fe es él, y Dios es él también, ó al menos como él, no él como Dios.

Sí; el nombre de jesuíta, que es una blasfemia, bien claro lo expresa: *Jesu-íta, ita-Jesús*, así Jesús como nosotros. ¿Veis á uno de nosotros? Habéis visto á Jesús.

De modo que antes de nosotros, el Salvador no estuvo bien representado en la tierra, ni por los Apóstoles, ni por los mártires, ni por los Santos Padres, ni por nadie.

Nuestros maestros lo dicen: si el apostolado se hubiera regido como ahora la Compañía, otro gallo cantara á la Iglesia desde sus albores. ¡Qué humildad la de esta aseveración! ¿No os parece, católicos?

Nosotros somos, no una orden, sino *la Compañía* de Jesús, su verdadera milicia, única en el mundo; la *inclita*, la incomparable, la avanzada, la vanguardia, el portaguión, *la crème* del catolicismo. Jesús en acción dentro del mundo. *Ita-Jesús*, así Jesús como nosotros, desde el general hasta el último lego de la cocina, á todos nos imita Cristo; como nosotros somos, El es.

He aquí lo que se saca en limpio de todos los ejercicios, sermones, misiones, pláticas, libros, periódicos y propaganda de los jesuítas; lo mismo exactamente que del famoso dicho de Satanás: *¿Quién como*

*yo? Soy semejante al Altísimo*; pero aun el ángel malo fué menos soberbio, porque no llegó á decir: *El Altísimo es semejante á mí*, como dice el jesuíta.

¿Queréis poner en un aprieto á ese rey de la Cuaresma, de la religión, de la Iglesia, de la tierra y del cielo? Oblígadle á que os pruebe esa semejanza que predica, y de paso pedidle los poderes, las credenciales de su predominio.

Ya veréis cómo se arregla para demostraros que el establo, el taller y la morada de Jesús eran iguales que la residencia del jesuíta. Veréis como éste, si no resucita, por lo menos levanta muertos, utiliza Lázaros y hace otros milagros, pruebas de su misión divina. En despreciar las riquezas, las comodidades y los primeros puestos, excede con mucho á Jesús; en humildad y sinceridad, lo deja tamaño; en sabiduría, lo aplasta. ¡Cualquiera crucifica á Cristo si llega á conducirse á lo jesuíta! El crucificado es Herodes, ó Anás, ó el mismo Judas, víctima del pego ignaciano, y el gran milagro hubiera sido un Cristo resucitado sin haber muerto ni padecido; un Cristo de ópera con trenzas rubias.

Esto os lo probará tan pronto y tan bien el jesuíta con dos *cutime-mas* y un *sovites* sin fin, como ciertos tornillos, que os quedaréis al punto convencidos y exclamaréis llenos de asombro:

—Sí, jesuíta; eres el rey, el *non plus*, el *inclito*, el avanzado, el portaguión... de los impostores, de los mercachifles y de los farsantes.

Por Jesús el verdadero, no el de la Compañía, juro que el procedimiento es eficaz; mas si alguien lo duda, vaya leyendo en ELECTRA lo que he de escribir sobre jesuítas, y se convencerá de lo que es ese rey de la Creación, al que el mismo Jesús se parece como un hombre de bien á... Pantoja.

Pío Quinto.